

Arquitectura personal

Marzio Conti | Director musical de «Oviedo Filarmonía» (1)

«Llegué a la música por el rock y me enseñó flauta un carpintero»

«El ambiente en el instituto durante los “años de plomo” fue horrible, lo pasé mal, tuve crisis de pánico» ✪ «Fui el primer italiano que ganó el Concurso de flauta en París»

✪ Javier Cuervo

—Las dos partes de mi familia pertenecían a la resistencia contra los fascistas. Cuando Mussolini, que era del Partido Socialista y fundó el Partido Fascista, llegó a Florencia, mi abuelo materno, Narciso, comunista, le tiró una silla. Le quedó en la cabeza una cicatriz blanca, como una pluma, porque los fascistas le golpearon con una espada. Era de ambiente trabajador y tenía cuatro hijos.

—¿El otro abuelo?

—Giulio, socialista, no podía trabajar por-

que nunca cogió el carné de fascista. Un empresario de la madera le ayudó dándole trabajo de conserje y así pudo darle a Gino, mi padre, algo de comer. Porque hablamos de comer. La noche anterior a la liberación de Florencia, en la parte sur del río, entraba la octava armada americana, con los partisanos a la cabeza. En la parte Norte, mi padre, que tenía 13 años, y mi abuelo Giulio fueron capturados por las SS junto a otros hombres y niños porque ayudaban a los partisanos. Esa noche a mi padre le hicieron cavar su propia fosa.

—Con 13 años... ¿Cómo se libró?

—Mi abuela, Annunziata, y el resto de las mujeres de la zona decidieron ir a hablar con el general de la SS. Esa increíble noche de 1944 la Gestapo dejó la custodia de todos los prisioneros al Ejército normal alemán, la Wehrmacht. Las mujeres rogaron que los dejaran libres, que la guerra ya estaba acabando. El general los soltó. Por eso estoy aquí.

—¿Cómo era su madre?

—Una mujer guapa, empleada de banca, muy «trendy». Era de origen pobre. Exigente.

—¿Y su padre?

—Más superficial. Un hombre particular, muy importante para mí porque fue la apertura al arte. En casa había un reparto de papeles: mi madre era el dinero y mi padre, el arte. Sin el dinero no habría sido posible el arte. Mi padre, Gino Conti, era un humilde trabajador que, con el impulso de mi madre, que le compró la primera caja de óleos, se convirtió en un pintor autodidacta.

—¿Importante?

—Sí, con fondos en galerías de París, Amsterdam y América, que salió en el importan-

El director de orquesta Marzio Conti, a la puerta del hotel Reconquista, en Oviedo. / NACHO OREJAS

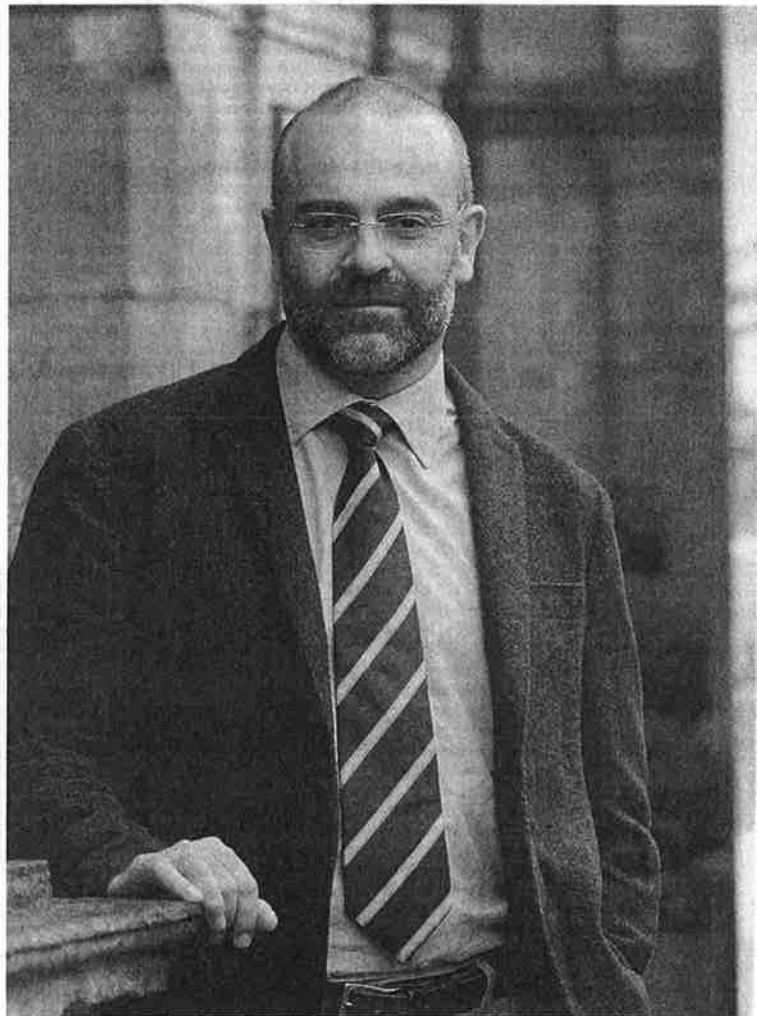


La carrera insólita de un estudiante tardío

Nació el mismo día que Wagner, 22 de mayo, pero en 1960 y en Florencia (Italia). Llegó a la música tarde, aunque con talento para recuperar el tiempo perdido en una carrera insólita que empieza en la flauta y gira hacia la dirección.

El director artístico de «Oviedo Filarmonía» ha sido director de la «Istituzione Sinfonica Abruzzese», de la Orquesta Filarmonica de Turín, del Teatro Marrucino de Chieti, de la Orquesta Sinfónica de San Remo y de la Orquesta Nacional de Andorra. Ha dirigido orquestas en muchos países europeos, en Asia y en América. Ha grabado las sinfonías de Nino Rota, los poemas líricos de Respighi, la música sinfónica de Casella y óperas como «Il turco in Italia», de Rossini, o «La figlia del reggimento», de Donizetti.

Es un conversador afable y un narrador divertido. Está casado con la chica que conoció a los 18 años y tienen 4 hijos.



99

Cuando fui a matricularme al Conservatorio, con guerrera y 17 años, me dijeron que era muy viejo

te catálogo «Bolaffi». Empezó en el «macchiaiolo» toscano, una especie de posimpresionismo, y luego evolucionó al experimentalismo y vanguardista, y acabó en el figurativo hiperrealista clarista.

-¿Se relacionaba mucho con su padre?

-Los sábados por la mañana recorría con él todas las galerías de arte de Florencia. Tengo mucho amor por el arte plástico y para mí es imposible imaginarme una pieza musical sin ver una obra de un pintor.

-¿Cómo puede ser si la música es abstracta?

-No lo es, parece abstracta, es muy real. Es imaginación real.

-¿Cómo eran las relaciones con su madre?

-Me empujaba a ser el primero de clase y no lo pude ser. Sí estudié bien en la enseñanza básica, pero de los 14 a los 17 hice letras en el Liceo y fueron años terribles.

-¿Por qué?

-Era un momento muy difícil de la lucha armada. Todavía tengo una compañera en la cárcel por estar relacionada con el homicidio de Aldo Moro. Todos llevábamos barba larga y melena porque era la única manera de estar dentro.

-¿Pertenece a algún partido?

-Nunca. Tenía una inclinación a la izquierda, pero me gusta el pragmatismo de la derecha. Me gustaba la ecología, sobre todo en una época en la que todo en Italia se des-

truía. La política nunca me interesó lo suficiente y siempre tuve un sentido de la libertad que me impidió pertenecer a un partido, pero la Toscana era una región bastante roja.

-¿Y eso estaba en su entorno cultural?

-Sí, mi entorno era de izquierdas. Se odiaba la música disco y sólo siendo así se podía ligar con chicas: los fascistas no gustaban. Pero era un mundo muy triste. Pertenecía a él, pero no era el mío. Sentía un enorme vacío. Empecé a sentir la música en ese momento. Me gustaba mucho la música, pero hasta los 16 no sabía lo que era un do en clave de sol.

-¿Cómo empezó a gustarle?

-Una profesora, Panconesi, me introdujo en la música clásica haciéndome dibujar sobre lo que sugería la música. Así conocí el «Bolero», de Ravel, o «El cascanueces», de Chaikowski. Me estás haciendo recordar que

participé en un concurso para niños pintores, dibujé un árbol y gané un premio. Mi padre estaba orgulloso, pero yo no era bueno y el interés por la pintura se secó para que me interesase la música.

-¿Qué le empujó a hacer música?

-El rock. A través de «Jethro Tull» e Ian Anderson y de «Genesis» y Peter Gabriel me acerqué a la flauta. Aquí empieza la historia. Un día le pregunté a mi padre -porque mi madre quería que estudiase y fuese abogado, aunque nunca lo dijo- «¿podríamos comprar una flauta?».

-¿Tenía que pedir permiso para una flauta?

-En ese momento mi padre se había quedado sin su trabajo de dibujante de mapas, desplazado por la introducción del ordenador. Esa circunstancia sirvió para profesionalizarle en la pintura, pero durante una época no había dinero en la casa, donde vivíamos mis padres, mi abuela Annunziata y yo. Vendimos un teclado electrónico y compramos la flauta. Mi padre me dijo que tenía para mí un profesor maravilloso.

-¿Quién?

-El que enmarcaba sus cuadros, que había sido guitarrista de un grupo importante de rock de los años sesenta llamados «I Fratellini». Habían tenido éxito, pero no habían salido en televisión porque en la foto vieron que eran unos monstruos. Ésa es la persona que cambió mi vida. Ahora, al recordarlo, me hago el propósito de encontrarlo, si aún vive.

-¿Cómo se llamaba?

-Benedetto Miniatti. Era el carpintero de San Frediano, el barrio histórico del centro de Florencia. Tenía el taller repartido en dos: en una parte, las maderas y herramientas, y en la otra, el aula de música. Le pregunté si podía enseñarme a tocar la flauta. Él contestó que nunca la había tocado, pero, bendita ignorancia, había una cosa que tenía que saber: quien sabe tocar un instrumento, puede enseñarlos todos.

-¿Cómo fue su método de estudio?

-Me mandó comprar un libro de flauta. En clase, todos sus alumnos, veinte, treinta, tocaban la guitarra, y yo llegaba con mi flauta, la oveja negra. Lo más bonito fue cómo me enseñó a limpiar la flauta. Normalmente, se limpia con una escobilla. Benedetto me reveló algo importantísimo: limpiarla con la escobilla bañada en leche. Después de dos semanas era como un queso azul y nadie quería ponerse a mi lado. «Benedetto, ¿es normal que esto huelga así?», le pregunté. «Normalísimo», contestaba. Fue una época hermosa después de otra horrible, de crisis de identidad, de estar verdaderamente mal, de ir al hospital con crisis de pánico.

-¿Por qué?

-El período histórico. Los años del plomo. Unos años después del 68 se acabó la ilusión y empezó esta parte violenta y deprimente. Recuerdo la primera vez que llegué al instituto. Tenía 13 años y había un hombre enorme, de unos 20, con barba y una porra en la mano para impedir que los alumnos entraran porque había una huelga en apoyo a los trabajadores de la Fiat.

-¿Vaya entrada.

-Otro día, delante de la escuela, escuchamos disparos y unos fascistas habían matado a dos compañeros de izquierda. Todavía están en la cárcel con cadena perpetua.

-En medio de aquel ambiente social y político descubrió la música.

-Y para mí era la belleza, la pureza. Una vez me llevó mi madre a escuchar la «Pátetica», de Chaikovski, y fue increíble, y también ver «La flauta mágica», de Ingmar Bergman, y «La muerte en Venecia», de Luchino Visconti, con Mahler sonando. Descubrí un mundo maravilloso, lejos del ambiente sórdido de la clase, de lo feo, lo enfermizo. Quería explicar que había descubierto

América, la música culta, que teníamos el rock sinfónico, pero que la clásica era otra cosa, un nivel superior.

-¿Convenció a alguien?

-Me decían que era reaccionario, música burguesa, y yo refutaba que esa música debía pertenecer a todos.

-¿En cuánto tiempo aprendió el libro de flauta?

-En dos meses. Cuando lo acabé, le pregunté a Benedetto qué hacía ahora y me contestó: «Ya eres flautista». Fui al Conservatorio, tenía 17 años, vestía guerrera, le dije a la secretaria que quería matricularme y me respondió que era muy viejo, que ni lo intentase. Aprobé el examen de ingreso y ese mismo año escuché un montón de discos, intensivamente, y empecé a trabajar con la flauta travesera. Fui uno de los pocos italianos que se dedicaron a la flauta de la música barroca.

-¿Cómo pudo hacerlo?

-Me busqué un profesor particular que fue muy importante para mí: Marcello Castellani. Di con él preguntando en una tienda de música. Me abrió los ojos. Se dio cuenta de mi talento natural, me llamaba «el viejo prodigio». Al final de ese año me fui a la Academia Internacional de Verano de Niza a encontrarme con Maxence Larrieu, uno de los cuatro más grandes flautistas. Le abordé y le dije: «Maestro, no sé nada. He oído un disco suyo y el sonido que tienen ustedes no existe en Italia y me gustaría lograrlo». Después de un mes me indicó dónde ir.

-¿A dónde?

-Al Conservatorio de Padua, y allí estaban Clementine Scimone y Conrad Klemm. Clementine, después de un año, me consiguió una audición para entrar a formar parte de «I Solisti Veneti», la orquesta de cámara italiana más prestigiosa del mundo. Al final del año yo di un concierto como solista en el Auditorio de la RAI de Turín, emitido para todo el país.

-Hacia dos y medio que un carpintero guitarrista que nunca había tocado la flauta le había dado sus primeras lecciones. ¿Cómo se sentía?

-Estaba nerviosísimo y con dolor de cabeza. Antes de salir estaba caminando como un toro encerrado. El primer viola, Pozzi, que formaba parte del «Cuarteto de Turín», me preguntó qué me pasaba, le hablé de mis nervios y mi jaqueca, y me dijo: «Bien. Yo tengo 72 años, soy primer viola, no tengo que tocar como solista y me estoy cagando encima. Tienes 19 años y tienes que tocar como solista: si te duele la cabeza es normal».

-Tuvo una carrera rapidísima.

-En tres años me diplomé. Fui el primer italiano que ganó el Concurso de flauta en el Conservatorio Superior de París, donde enseñaban Jean-Pierre Rampal y Alain Marion. Tenía 21.

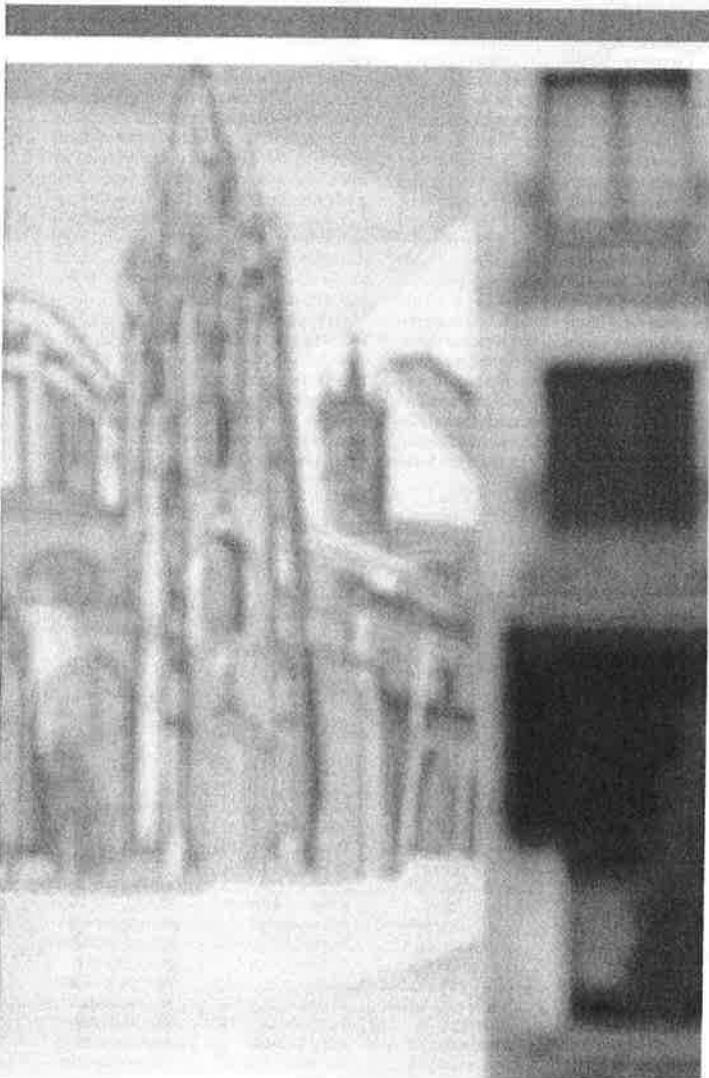
-¿Cómo vivió pasar en tres años de una crisis existencial a tocar el cielo con la flauta?

-A los tres años le escribí a mi madre una carta en la que decía que no veía el momento de dejar toda esta carrera vertiginosa, con pánico escénico, para dedicarme a enseñar a los niños. Era una responsabilidad enorme sobre mi espalda.

-¿No disfrutó?

-Claro que sí, pero coqueteaba con la idea de dejarlo todo. Es un poco neurótico. Aún lo hago hoy. «Ahora lo dejo». Mi mujer me dice «claro, claro».

**Mañana, segunda entrega:
«En Oviedo tengo más relaciones y las personas me han dado más que en Florencia»**



Arquitectura personal

Marzio Conti | Director musical de Oviedo Filarmonía | y 2

«En Oviedo tengo más relaciones y las personas me han dado más que en Florencia»

«Dirigir una orquesta es como esculpir la música; tantas personas unidas en una sola dirección tienen una fuerza energética que puede cambiar el mundo»

Oviedo, Javier CUERVO

Marzio Conti (Florencia, Italia, 1960) es el director artístico de Oviedo Filarmonía. Hijo de un pintor y de una banquera, llegó a la música clásica desde el rock y lo hizo tarde pero con talento para recuperar el tiempo perdido en una carrera insólita que empieza en la flauta y gira hacia la dirección.

Ha sido director de la Istituzione Sinfonica Abruzzese, de la Orquesta Filarmonica de Turín, del Teatro Marrucino de Chieti, de la Orquesta Sinfónica de Sanremo y de la Orquesta Nacional de Andorra. Ha dirigido orquestas en muchos países europeos, en Asia y en América. Ha grabado las sinfonías de Nino Rota y óperas como «Il Turco in Italia» de Rossini o «La figlia del Reggimento» de Donizetti.

Está casado y tiene 4 hijos.

—¿Cuándo conoció a su mujer?

—Yo tenía 18 años y ella 16. Laura es hija de un gran químico y procede de un ambiente refinado. Al ser dos años más joven ya no le tocó tanto ese ambiente de violencia política del instituto. Cuando la vi por primera vez dije: «Me gusta esa morena». Laura estaba siempre con un chico. Pregunté por ella y me dijeron que el chico era su hermano y que era pianista. Pensé: «Dos pájaros de un tiro».

—¿Llegó a ella a través de la música?

—Busqué la forma de preguntarle a su hermano, Gianni, si podíamos trabajar juntos. Laura iba a vernos todos los días mientras estudiábamos y un día Gianni me lo puso en bandeja de plata: «Laura, ¿te gustaría empezar a hacer flauta con Marzio?». Dijo que sí. Dimos dos clases y luego lo dejó pero seguimos juntos hasta hoy.

—¿En los años ochenta cambió todo?

—Me convierto en un solista de nivel y en profesor internacional, importo el modelo de sonido francés a Italia. Debuto en Salzburgo...

—¿Cómo pasó de ser flautista a dirigir una orquesta?

—A los 36 años tenía un concierto en el que me dirigía Piero Bellugi y le pregunté si me podía dar algunas instrucciones de dirección «para mi cultura, porque nunca seré director de orquesta». Fue como con la flauta pero 20 años después. A los dos años ya tenía la plaza como director principal de la Orquesta Sinfónica Abruzzese, lo que es difícilísimo. Con ella vine por primera vez a España, al auditorio nacional de Madrid.

—¿Ya había hecho todo con la flauta?

—Sí, pero hubo más causas. No

quería seguir con la carrera de solista porque me parecía repetitivo. Murió mi maestro Alain Marion, al que llamaba cuando hacía algo nuevo y era un referente. Dirigiendo, si te va bien, tienes más oportunidades y más dinero, lo que para una familia con cuatro hijos es mejor. Y el lado artístico también es muy importante: en el repertorio no hay limitación. Si estudio durante dos meses el «Nocturno» de Debussy es como tener en casa un cuadro de Monet. Una sinfonía de Beethoven es como tener un cuadro de Caspar David Friedrich. Dirigir una orquesta es como esculpir la música. Cincuenta, sesenta, ciento cincuenta personas que en un momento se unen en una sola dirección tienen una fuerza energética increíble que puede cambiar el mundo.

—¿Lo cree?

—Si todo el mundo pudiese cantar al unísono el «Réquiem» de Mozart la humanidad saldría adelante en otra dirección. Creo en ese efecto terapéutico. Al menos haría algo bueno durante 15 minutos.

—¿La dirección de orquesta es liderazgo?

—Es un trabajo humano. Después de oír el último concierto de Oviedo Filarmonía, el gerente de la Orquesta Nacional de España me dijo que hace 3 o 4 años tenía a nuestra orquesta bien calificada pero que ahora le había sorprendido porque era de primer nivel, que había madurado. Me conmovió que en la muy difícil «Patética» de Chaikovski, de la primera a la última nota todos los músicos sintieron su propio interior. Me conmovió y me hizo sentirme orgulloso. He logrado trasladar la idea.

—¿Les dijo que tenían que sentir su propio interior?

—No, les di instrucciones técnicas. El director debe ser de pocas palabras y ha de comunicarse con el cuerpo y la cabeza. Cuando logramos ser todos iguales se logra una fuerza impactante.

—¿Eso lo consigue sin estar aquí todo el tiempo?

—Estoy mucho tiempo en Oviedo... seis meses al año. Hago zarzuela, ópera, grabaciones, conciertos. Estoy muy comprometido.

—¿Le gusta esa parte viajera?

—No, lo llevo bastante mal, preferiría estar con mi familia. Mi vida es una contradicción pero lo hago porque lo tengo que hacer, para sacar a mi familia adelante.

—Preferiría que fuéramos a escucharla a Florencia.

—Sería más cómodo. Pero tengo que decir que en Oviedo me siento como en casa.

—Por favor, no sea diplomático.



MARÍA VILLANUEVA

”

Soy besucón y afectuoso con mis hijos, pero soy un padre autoritario. No me gusta ser su amigo



El director de la orquesta Oviedo Filarmonía, Marzio Conti.

—No, no, lo digo con toda sinceridad. Cuando marchó de casa mi mujer me dice «vas a Oviedo a descansar». Vengo a trabajar como un perro, de la mañana a la noche, pero la atmósfera de amigos y de trabajo me acoge. Estoy cómodo con la orquesta, con todos los problemas, y la ciudad me sigue y apoya y eso es fundamental para mí. Que me hayan elegido para ser el Rey Gaspar es un gran honor, el mayor que me pueden hacer. Tengo más

relaciones humanas y conexiones sociales en Oviedo que en Florencia. Lo que me han dado aquí las personas es mayor que lo que he tenido en Florencia, la apertura para hacer cosas nuevas. Aquí mi trabajo un día va a terminar...

—El año que viene se acaba su contrato.

—Pero vamos a continuar, estoy seguro, porque he encontrado una persona extraordinaria que es María Riera, la gerente, una amiga con

el mismo sentido, lo que es muy importante para crear cosas. Con Cosme Marina, con Paquirri Buylla, el presidente.

—Pero no se trasladaría.

—Me gustaría tener a mi familia en Oviedo pero no los he desplazado nunca porque mis hijos tienen sus amigos y demás. Los florentinos tenemos unas raíces profundas. No le echo flores a Florencia, que no es mi ciudad, pero es mi tierra. Sólo estudié en ella un año de música, el resto lo hice en Padua. No dirijo la orquesta de allí, no soy «profeta en mi tierra», un dicho que es banal pero que se cumple. Fue un poco mi enemiga, como le pasó a Dante, salvando todas las distancias. Pero tengo una ligadura genética horrible con la Toscana. Es difícil que me vaya a marchar de allí.

—¿Usted es creyente?

—Sí, sobre todo con los años. Ese sentimiento ha ido creciendo siempre sin que eso quiera decir que me sienta unido al discurso de la Iglesia católica.

—¿La música ayuda a creer?

—En la vida sólo si eres un ejemplo puedes decir algo. Si no eres un ejemplo, la gente no te sigue. Hay que hablar poco y hacer. El cristianismo no habría alcanzado la influencia que tuvo si Cristo no hubiera tenido tan clara la importancia del sacrificio y no se hubiera dejado matar. En la música, como en la vida espiritual, exploras, trabajas tu propio yo, tu interioridad, tu propia honestidad, tu búsqueda de lo que es justo.

—¿Estuvo muy presente en la educación de sus hijos?

—Sí, a pesar de los viajes. Soy besucón y afectuoso pero soy padre. Seré sincero: soy un padre autoritario. No me gusta lo de ser amigo de mi hijo, porque yo soy el único que puede ser su padre. La educación en la escuela está destruyendo la familia. Todo son derechos y no hay deberes. Es difícil en esta sociedad dar directrices y poner límites y mucho más fácil culpar a otros, al ordenador o a la televisión. La educación me enfada en todo el mundo, menos en China y en Corea.

—¿Allí hay suicidios de estudiantes que no aguantan la presión.

—Sí, sí, pero... Aquí también hay suicidios y está la droga. Por ejemplo, creo que el futuro de la música clásica puede estar en los países emergentes porque aquí las nuevas generaciones viven muy alejadas de la belleza y entre los hijos y entre los padres hay una falta de esfuerzo, de disciplina. La música es disciplina del alma y psicológica y sube el nivel de la humanidad.